

EL ARPA Y LA SOMBRA DE ALEJO CARPENTIER:  
¿DESMITIFICACION O MIXTIFICACION?

Roland Forgues

*Mais vrai, j'ai trop pleuré !Les aubes sont navrantes.  
Toute lune est atroce et tout soleil amer:  
L'âcre amour m'a gonflé de torpeurs enivrantes.  
ô que ma quille éclate! Ô que j'aïlle à la mer!*

Arthur Rimbaud.

1. LA ESTRUCTURA DEL RELATO

La novela de Carpentier consta de tres partes simbólicas tituladas “El arpa”, “La mano” y “La sombra”; tres partes que constituyen tres etapas en el proceso de desmitificación de la figura histórica del Descubridor del Nuevo Mundo.

La primera parte, relativamente corta, es en realidad una especie de introducción en la que se nos presentan las condiciones en las cuales se le ocurre al Papa Pío IX, a partir de una experiencia concreta en América latina cuando todavía era joven sacerdote al servicio del Cardenal Giovanni Muzzi arzobispo de Philippoli en Macedonia, la idea de hacer canonizar a Colón y, por consiguiente, de presentar un proceso de beatificación como etapa previa.

La misión apostólica en América latina de la que formaba parte el joven protagonista, había sido llamada por O'Higgins, jefe de la joven República chilena que “sabía que España soñaba con restablecer en América la autoridad de su ya muy menguado imperio colonial, luchando denodadamente por ganar batallas decisivas en la banda occidental del continente, antes de ahogar en otras partes, mediante una auténtica guerra de reconquista —y para ello no escatimaría los medios— las recién conseguidas independencias. Y sabiendo que la fe no puede extirparse de súbito como se acaba, en una mañana, con un gobierno virreinal o una capitánía general, y que las iglesias hispanoamericanas dependían, hasta ahora, del episcopado español, sin tener que rendir obediencia a Roma, el libertador de Chile quería sustraer sus iglesias a la influencia de la ex metrópoli —cada

cura español sería mañana un aliado de posibles invasores—, encomendándolas a la autoridad suprema del Vaticano, más débil que nunca en lo político, y que bien poco podría hacer en tierras de ultramar fuera de lo que correspondería a una jurisdicción de tipo meramente eclesiástico. Así se neutralizaba un clero adverso, conservador y revanchista, poniéndoselo sin embargo — ¡y no podría quejarse de ello!— bajo la custodia directa del Vicario del Señor sobre la Tierra” (pp. 28-29). Salida de Génova el 5 de octubre de 1823 hacia “las inmensidades siderales”, la misión se presentaba para el Joven Mastai como la repetición de aquella “prodigiosa empresa”, realizada más de tres siglos atrás por un ilustre genovés que “habría de dar al hombre una cabal visión del mundo en que vivía, abriendo a Copérnico las puertas que le dieron acceso a una incipiente exploración del Infinito” (p. 31). Para mostrar el peso de Génova en la historia del mundo, el joven sacerdote evoca entonces la figura de otro ilustre genovés, el Almirante Andrea Doria, que mandó en un principio la armada de Francisco primero de Francia y luego la de Carlos quinto y que, al final del relato, se encontrará con el fantasma de Colón.

Llegado a Chile, al ver la importancia de las iglesias y conventos, el fervor de la Semana Santa y el vigor de la fe, el protagonista tuvo “la revelación de una América más inquieta, profunda y original” de lo que esperaba con una “humanidad en efervescencia, inteligente y voluntariosa, siempre inventiva aunque a veces desnortada, generadora de un futuro que sería preciso aparear con el de Europa” (p. 47); pensó entonces que el “elemento unificador” podría ser el de la fe. Pasando revista a los diferentes santos del Nuevo Mundo no encuentra a ninguno capaz de desempeñar ese papel. Entonces es cuando piensa en *Christophoros*, el portador de Cristo, que se le aparece como el mejor antídoto contra las ideas de los enciclopedistas franceses y de los filósofos Voltaire y Rousseau que han penetrado en América contribuyendo a su independencia política y, como lo ha podido observar, siguen influyendo en los gobiernos del argentino Rivadavia y del nuevo presidente chileno Freire. De tal forma que, en el espíritu del futuro Pío IX, Colón, convirtiéndose en santo planetario, podría ser el elemento unificador entre europeos e hispanoamericanos:

No. Lo ideal, lo perfecto, para compactar la fe cristiana en el viejo y nuevo mundo, hallándose en ello un antídoto contra las venenosas ideas filosóficas que demasiados adeptos tenían en América, sería un santo de ecuménico culto, un santo de renombre ilimitado, un santo de una envergadura planetaria, incontrovertible, tan enorme que, mucho más gigante que el legendario Coloso de Rodas, tuviese un pie asentado en esta orilla del continente y el otro en los finisterres europeos, abarcando con la mirada por sobre el Atlántico, la extensión de ambos hemisferios. Un San Cristóbal, Christophoros, Portador de Cristo, conocido por todos, admirado por los pueblos, universal en sus obras, universal en su prestigio. Y, de repente, como alumbrado por una iluminación interior, pensó Mastai en el Gran Almirante de Fernando e Isabel. (pp. 49-50)

Nótese de paso que la obsesión de Carpentier por encontrar un vínculo entre el viejo y el nuevo mundo es una constante de su obra.

La segunda parte, en la que Colón, en su lecho de muerte, está esperando a su confesor, se presenta, en cierta forma, como una especie de novela dentro de la novela. A lo largo de las 131 páginas que la constituyen, Carpentier trata de persuadirnos de que toda la historia de Colón no ha sido más que farsa e imposura, como lo subraya el símbolo cervantino anacrónico del Retablo de las Maravillas: “. . . cuando me asomo al laberinto de mi pasado en esa hora última, me asombro ante mi natural vocación de farsante, de animador de antrujos, de armador de ilusiones, a manera de los saltabancos que en Italia, de feria en feria —y venían a menudo a Savona— llevan sus comedias pantomimas y mascaradas. Fui trujimán de retablo, al pasear de trono en trono mi Retablo de Maravillas” (p. 178). Gracias a la técnica de la confesión que presupone un tono de sinceridad: “hablaré, pues. Lo diré todo” (p. 61), el escritor intenta crear un ambiente favorable a la desmitificación del héroe y de su empresa de descubrimiento, pretendiendo mostrarlo no tal como lo hizo la leyenda, sino tal como fue realmente o, por lo menos, tal como hubiera podido ser, como señala en la advertencia a su novela:

En 1937, al realizar una adaptación radiofónica de *El libro de Cristóbal Colón* de Claudel para la emisora Radio Luxemburgo me sentí irritado por el empeño hagiográfico de un texto que atribuía sobrehumanas virtudes al Descubridor de América. Más tarde me topé con un increíble libro de León Bloy, donde el gran escritor católico solicitaba nada menos que la canonización de quien comparaba, llanamente, con Moisés y San Pedro.

Lo cierto es que dos pontífices del siglo pasado, Pío nono y León XIII, respaldados por 850 obispos, propusieron por tres veces la beatificación de Cristóbal Colón a la Sacra Congregación de Ritos; pero ésta, después de un detenido examen del caso, rechazó rotundamente la postulación.

Este pequeño libro sólo debe verse como una *variación* (en el sentido musical del término) sobre un gran tema que sigue siendo, por lo demás, misteriosísimo tema. . . Y diga el autor, escudándose con Aristoteles, que no es oficio del poeta (o digamos: del novelista) “el contar las cosas como sucedieron, sino como debieron o pudieron haber sucedido”.

Interesa notar aquí que con esta advertencia Carpentier intenta prevenirse contra las futuras críticas que, como veremos más adelante, el lector avisado le podría hacer a propósito de las libertades que se toma con la verdad histórica. Pues, si bien es cierto que en su conjunto el escritor sigue, en la presentación de los sucesos relativos a la biografía de Colón y la realización de su empresa de descubrimiento, la historiografía oficial y el relato de viaje del mismo Colón<sup>1</sup>, en cambio, en la interpretación de dichos acontecimientos y de la biografía del Almirante se aparta de la historia panegírica oficial. Cabe señalar también que en la

1. *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. Ed. y prólogo de Ignacio B. Anzoátegui, Col. Austral n° 633, Espasa Calpe, 1977, Sexta Edición.

reconstrucción del itinerario histórico del Descubridor del Nuevo Mundo, apelará varias veces a la leyenda para apoyar la tesis de la impostura que defiende en su novela. Uno de esos grandes momentos lo constituye, por ejemplo, el episodio en que Maestre Jacobo le cuenta al futuro Almirante la saga de los *Normans* o *vikings*. Asimismo, cuando la reina Isabel la Católica entra en escena, lo puramente histórico deja paso a lo novelesco y origina uno de los mejores momentos del relato. Las relaciones apasionadas entre Colón y la Reina no dejan de ser, sin embargo, reveladoras de la personalidad enigmática de Colón igual que del sentido político de la reina, porque están inmersas en un sustrato histórico perfectamente dibujado en el que cada uno de los dos amantes desempeña su propio papel político.

La tercera parte es la continuación de la primera. Estamos en Roma a fines del siglo XIX y asistimos a la reconstrucción grotesca del proceso de beatificación del Gran Almirante de la Mar Océana, con actores vivos y muertos que, gracias a la magia del verbo, han recobrado vida para la circunstancia, el Postulador José Baldi, León Bloy el impugnador de la leyenda negra de la conquista, el Presidente, el Protonotario, el Abogado del Diablo Schiller, y los testigos de cargo, Víctor Hugo, Julio Verne, Alfonso de Lamartine y Bartolomé de las Casas, todas las épocas confundidas, sin hablar de la presencia del fantasma invisible del mismo Colón en busca de una identidad que no ha podido hallar en la confesión ni en la muerte. Entonces todo viene tratado por el novelista a contratiempo y en contrasentido bajo la forma de una comedia burlesca, o más bien de una ópera bufa, en un ambiente temporal y espacial totalmente esperpéntico ya que en el tiempo y el espacio novelescos se confunden el espacio y el tiempo reales con el tiempo y el espacio míticos. Todo ello nos conduce a la caída del héroe que, hallándose solo en la plaza de San Pedro, puede saborear la amargura de su propio fracaso recordando los versos de la tragedia *Medea* de Séneca que le había servido de libro de cabecera, antes de desaparecer para siempre:

. . . Y mientras empezaban a sonar claras campanas en aquel mediodía romano, se recitó los versos que parecían aludir a su propio destino: “Tifis, que había domado las ondas/ tuvo que entregar el gobernalte a un piloto de menos experiencia/ que, lejos de los predios paternos,/ no recibiendo sino una humilde sepultura/ bajó al reino de las sombras oscuras”. . . Y, en el preciso lugar de la plaza desde donde, mirándose, hacia los peristilos circulares, cuatro columnas parecen una sola, el Invisible se diluyó en el aire que lo envolvía y traspasaba, haciéndose uno con la transparencia del éter. (p. 227).

Colón regresa a la muerte de donde había intentado fugarse, y la novela al mito del que había pretendido liberarse.

## 2. LA DESMITIFICACION DEL HEROE Y SUS CONTRADICCIONES

Para desmitificar a Colón y su empresa, Carpentier no sólo apela a la leyenda, sino que varias veces le hace sufrir a la Historia ciertas distorsiones

destinadas a apoyar la tesis de la impostura. Desde el principio ya de la confesión se insiste en la doble personalidad del héroe:

Pero, en este momento, cuando vivo —aun vivo— en espera del oidor postrero, somos dos en uno. El yacente, de manos ya puestas en tampa de oración, resignado —¡no tanto!— a que la muerte le entre por esa puerta, y el otro, el de adentro, que trata de librarse de mí, el “mi” que lo envuelve y encarcela, y trata de ahogarlo, clamando en voz de Agustín: “No puede ya mi cuerpo con el peso de mi alma ensangrentada”. . . dentro de ese cuerpo derribado por las fatigas y los achaques, está el yo de lo hondo, aún claro de mente, lúcido, memoriado y compendioso, testigo de portentos, sucio de flaquezas, promotor de escarmientos, arrepentido hoy de lo hecho ayer, angustiado ante sí mismo, sosegado ante los demás, a la vez medroso y rebelde, pecador por Divina Voluntad, actor y espectador, juez y parte, abogado de sí mismo ante el Tribunal de Suprema Instancia donde también quiere ocupar sitial el Magistrado para oírse los argumentos y mirarse a la cara, cara a cara. (pp. 58-59).

Una doble personalidad que, en la hora de la verdad suprema, lo deja solo con su conciencia que “mucho lo acusa y mucho lo absuelve” recordándole la voz que oyó en el sueño, cuando, en su cuarto viaje, se vio solo y abandonado: “¡Oh, estulto y tardo en creer y en servir a tu Dios, dios de todos. Desde que naciste, El tuvo de ti muy grande cargo. No temas, confía: todas tus tribulaciones están escritas en piedra mármol y no sin causa”<sup>2</sup> (p. 61). De ella precisamente va a valerse Carpentier para defender la opinión contraria a la difundida por los panegiristas del Almirante. Observamos primero una clara intención de rebajar a Colón al que nos presenta como presa de todos los vicios: “De los pecados capitales, uno solo me fue siempre ajeno: el de pereza. Porque, en cuanto a la lujuria, en lujuria viví, hasta que de ella me libranan afanes mayores. . .” (p. 62). Luego, el escritor se sirve de su origen modesto (Hijo de un lanero de Savona que tenía una taberna) para oponerse a su sobriedad, reconocida por sus biógrafos, y hacer de él un borracho. De este vicio hace derivar otro “y como el vino enardece la sangre e incita a culposas apetencias, no hubo lupanar mediterráneo que no conociese de mis ardores mozos cuando, para gran pesadumbre de mi padre me dio por irme a la mar. . . Caté las hembras de Sicilia, Chío, Chipre Lesbos, y otras islas más o menos amulatadas, mixtas de moros mal conversos, cristianos nuevos”, aprovechando la oportunidad para aludir en tono humorístico a su origen judío: “calé las hembras que, antes del trato, tañían la sambuca y el pandero; las ‘ginovesas’ que, venidas de alguna judería, me hacían un guiño cómplice al tentarme el rejo” (p. 63), a través de las prostitutas que descubren que es circunscrito. Cabe señalar que Carpentier utiliza hábilmente este aspecto controvertido<sup>3</sup> de Colón para rechazar su religio-  
2.- *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, pp. 195-196.

3. La tesis de Colón genovés sefardita oriundo de Cataluña defendida por Salvador de Madariaga: *Vida del muy magnífico Señor don Cristóbal Colón*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1975, es discutida y rechazada entre otros por Ramón Menéndez y Pidal: *La lengua de Cristóbal Colón*. Col. Austral nº 280, Espasa Calpe, Madrid, 1942, y por Marianne Mahn-Lot: *Christophe Colomb*, Ed. Le Seuil, París 1960.

sidad. Interesa apúntar precisamente que, según el escritor, el Almirante “había hablado solamente —salvo una vez— de un señor que bien pudo ser el de Abraham y Jacob, el que habló a Moisés por voz de zarza ardiente —de un Señor, anterior a su propia Encarnación, con absoluto olvido del Espíritu Santo, más ausente de (sus) escritos que el nombre de Mahoma. . . ” (p. 141). Asimismo, poniendo en boca de Colón que sólo se menciona en su diario “catorce veces el nombre del Todopoderoso” y que “las menciones del oro pasan de doscientas” (p. 139), cuando en realidad el nombre del Señor se menciona unas cincuenta veces mientras las menciones del oro apenas si son dos veces y media más frecuentes, Carpentier opera una verdadera falsificación de la Historia para defender la tesis de un Colón preocupado sólo por los bienes materiales y carente por completo de toda espiritualidad. Sospechamos que ésta es también la verdadera razón por la cual, un poco más adelante, pasa por alto la primera isla descubierta, San Salvador, el 12 de octubre, como para borrar el nombre del Señor que le dio Colón, haciendo empezar la historia de la Conquista el 15 de octubre con el descubrimiento de la isla de Santa María de la Concepción. En otras ocasiones, no vacila en substituir la Historia por la leyenda para demostrar que el argumento de la catequización de los lejanos *Cipango* (el Japón) y *Catay* (la China) no fue para el futuro Almirante, más que un pretexto para conseguir que los Reyes Católicos le facilitaran la empresa, pues sabía, por Juan de Monte Corvino, que existía la religión cristiana en las tierras del Gran Khan:

No sería improbable, pues, que la catequización de Juan de Monte Corvino se hubiese extendido hasta aquí — ¡y por obra de franciscanos, gente que muchísimo camina!. . . En ese caso, Cristóbal, Cristobalillo, tú que te inventaste, durante el viaje, el nombre de *Christo-phoros*, pasador de Cristo, cargador de Cristo, San Cristóbal, metiéndote, de a bragas, en los textos más insignes e inamovibles de la Fe, asignándote una misión de Predestinado, de Hombre único y Necesario —una misión sagrada—, tú, que ofreciste tu empresa al mejor postor, acabando por venderte por un millón de maravedís; en este caso embaucador embaucado, no tendrías más remedio que izar nuevamente las velas, orzar de regreso, e irte al carajo, con Niña, Pinta, Santa María y todo, a morirte de vergüenza a los pies de tu dueña de las Altas Torres. (pp. 119-120).

Sin duda es exagerado decir que Colón ofreció su empresa al “mejor postor” “acabando por venderse por un millón de maravedís”, como pretende Carpentier. El tiempo pasado en la corte portuguesa antes de que huyese a España, y la paciencia que demostró en la corte de los Reyes Católicos antes de que éstos aceptasen su proyecto bastarían para demostrarlo. Y si el futuro Almirante mandó de emisario a su hermano Bartolomé a la corte de Inglaterra y de Francia fue menos, según parece, por cálculo que por el retraso de la decisión de los Reyes Católicos.

Por otro lado, cuando el escritor le reprocha al héroe el haberse inventado una mitología destinada a “hacer olvidar la taberna de Savona”, es decir su origen plebeyo, “creándose un tío Almirante” y haciéndose “estudiante graduado

de la Universidad de Pavía” sin haber pisado nunca sus claustros en su “jodida existencia” y haciéndose “amigo –sin haberle visto la cara– del rey Renato de Anjou y piloto distinguido de Coulon el Mozo” (p. 95), hace voluntariamente una amalgama entre lo dicho por el propio Colón y lo escrito por sus biógrafos. Si, en efecto, en alguna ocasión Colón pronunció esta frase enigmática: “Yo no soy el único Almirante de mi familia”, que hasta ahora los historiadores no han podido dilucidar, no fue él quien pretendió haber estudiado en la Universidad de Pavía, sino su hijo y biógrafo Fernando. Además hoy día es admitido por la mayoría de los historiadores que por los años 1472-1473 Colón era corsario al servicio del Rey René d’Anjou y que en 1476 tomó parte al lado de los franceses mandados por el Almirante Casenove Coullon, conocido en España por Colón, en la batalla del Cabó San Vicente<sup>4</sup>.

Tras haber desmitificado la personalidad de Colón, que no es sino un embustero, Carpentier procura desmitificar su empresa. Muestra que el descubrimiento no descansa en ninguna base o cálculos científicos, como se ha pretendido, sino en la saga de los *normans* que Maestre Jacobo, el avisado judío, le ha contado a Colón; saga que relata nada menos que el descubrimiento del Nuevo Mundo, o de una tierra que se sitúa más allá de Thule, Islandia. Después de esto, Colón tendrá la intuición o la confirmación de haber sido elegido por el Señor para cumplir una misión providencial leyendo la *Medea* de Séneca de la que traduce unos versos, premonitorios de su propio destino:

Tomo una pluma y traduzco, según mi entender, en el castellano que aún manejo con alguna torpeza, esos versos que muchas veces habré de citar en el futuro: “Vendrán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar Océano aflojará los atamentos de las cosas y se abrirá una gran tierra, y un nuevo marino como aquel que fue guía de Jasón, que hubo nombre Típhi, descubrirá nuevo mundo, y entonces no será la isla Thule la postrera de las tierras. Esta noche vibran en mi mente las cuerdas del arpa de los escaldas narradores de hazañas, como vibraban en el viento las cuerdas de esa alta arpa que era la nave de los argonautas”. (p. 82).

Como se ve, el escritor utiliza, pues, la leyenda como punto de partida de la empresa del Descubridor. No hace estribar la certidumbre de Colón de que la tierra firme, o Vilandia, está cerca en una confrontación de lo dicho por el Cardenal d’Ailly, Toscanelli, o Esdras, sino en la constatación de lo pequeñas que eran las naves de los *normans*; lo cual les prohibía navegar largo tiempo. El relato de Maestre Jacobo no le sirve más que para acreditar la tesis del embuste y de la impostura:

Sé a ciencia cierta que hay grande poblada y rica tierra al Oeste; sé que navegando hacia el Oeste iría a lo seguro. Pero si viene a saberse de mi certeza de que navegando hacia el Oeste iré a lo seguro por lo sabido en la Tierra del Hielo, quedaría muy menguado el mérito de mi empresa. Peor aún: no faltaría el familiar, el favorecido, el confidente, el brillan-

4. Véase Salvador de Madariaga: op. cit., pp. 60-61 y 67-70.

te capitán de un soberano, que consiguiera las naves en mi lugar y me birlara la gloria de Descubridor que tengo en mayor precio que cualquier otra honra. (pp. 84-85).

Además, para desprestigiar la empresa de Colón, Carpentier da fe a la leyenda según la cual unos condenados de derecho común habrían formado parte de la expedición: “Pero la marinería era mala. Más cristianos de muy reciente bautizo, granujas huidos de la justicia, circuncisos amenazados de expulsión, pícaros y aventureros, que gente de la iza y de la orza, gente de oficio, bogaban en estas naves” (p. 108)<sup>5</sup>. Y, ¡suprema contradicción de la que, en su deseo de empuñarse la figura de Colón, el novelista no parece haberse dado cuenta y hace poner en duda por estos tripulantes, que no tienen nada que ver con los oficios del mar, las cualidades y las dotes de marinero del héroe (hoy día unánimemente reconocidas tanto por sus adversarios como por sus partidarios) que lo acusan de no saber valerse cabalmente del astrolabio, de no saber interpretar el mapa de Toscanelli y sobre todo de haber confundido las millas árabes de Alfragán con las millas italianas en uso, como si estos hombres fueran verdaderos peritos de cartografía, de cosmografía y estuvieran al tanto de las últimas teorías sobre la organización del universo<sup>6</sup>. Dentro de esa desmitificación de la empresa de Colón, se inscribe sin duda la parte muy importante atribuida por el escritor a la esclavización de los indios que el protagonista puso en pie so capa de cristianizarlos en un principio, y luego, a pesar de la oposición de los Reyes, como medio de substitución del oro: “(Ya no doy con el oro, pienso yo, puede el oro ser substituido por la irremplazable energía de la carne humana, fuerza de trabajo que sobrevalora en aquello mismo que produce, dando mejores beneficios, en fin de cuentas, que el metal engañoso que te entra por una mano y te sale por la otra. . .)” (p. 163). Para Carpentier, Colón no tiene ninguna circunstancia atenuante; su vida no ha sido más que un largo encadenamiento de malas acciones y de actitudes culpables:

Y en lo que se refiere a mi conciencia, a la imagen que de mí se yergue ahora, como vista en espejo, al pie de esta cama, fui el Descubridor descubierto —descubierto, puesto *en descubierto*, pues *en descubierto* me pusieron mis relaciones y cartas ante mis regios amos; *en descubierto* ante Dios, al recibir los feos negocios que atropellando la teología, propuse a Sus Altezas; *en descubierto* ante mis hombres que me fueron perdiendo el respeto de día en día, infligiéndome la suprema humillación de hacerme aherrojar por un cocinero — ¡a mí, Don Almirante y Virrey!—; *en descubierto*, porque mi ruta a las Indias o a la Vinlandia

- 
5. Si al llegar a Palos, Colón tenía efectivamente una carta real que suspendía todos los procesos criminales para aquellos que quisiesen embarcar, parece que su encuentro con el armador Martín Alonso Pinzón, que se ocupó de la expedición, le permitió no valerse de ella.
  6. Si bien es cierto que, en sus cálculos, Colón confundió las millas de Alfragán con las millas italianas en uso, con lo cual reducía el Ecuador a más o menos tres cuartas partes de su longitud real, este error que le permitió descubrir el Nuevo Mundo no sería descubierto sino mucho más tarde.

meridional o a Cipango o a Catay —cuya provincia de Mangui bien puede ser lo que conocí por el nombre de Cuba—, ruta que abrí con harta facilidad por tener conocimiento de la saga de los normandos, la siguen ahora cien aventureros —¡hasta los sastres, dije, que abandonaban la aguja y las tijeras por el remo!—, hidalgos sin blanca, escuderos sin amo, escribanos sin oficina, cocheros sin tronco, soldados sin empleo, pícaros con agallas, porquerizos de Cáceres, fanfarrones de capa raída, perdularios de Badajoz, intrigantes colados y apadrinados, asomados de toda laya, cristianos de nombre cambiado ante notario, bautizados que fueron andando a la pila, chusma que hará cuanto pueda por menguar mi estatura y borrar mi nombre de las crónicas. (pp. 181-182).

No es de extrañar, pues, que el juicio de la Historia, que se dará definitivamente en el momento del Proceso, aparezca como un juicio terrible y sin apelación contra aquel que interrumpió brutalmente su curso llevando a un pueblo libre y feliz, orgulloso y generoso, la servidumbre y el sufrimiento, la humillación y las lágrimas:

Persiguiendo un país nunca hallado que se te esfumaba como castillo de encantamientos cada vez que cantaste victoria, fuiste transeúnte de nebulosas, viendo cosas que no acababan de hacerse inteligibles, comparables, explicables, en lenguaje de Odisea o en lenguaje de Génesis. Anduviste en un mundo que te jugó la cabeza cuando creíste tenerlo conquistado y que en realidad, te arrojó de su ámbito, dejándote sin *acá* y sin *allá*. Nadador entre dos aguas, naufrago entre dos mundos, morirás hoy, o esta noche, o mañana, como protagonista de ficciones, Jonás vomitado por la ballena, durmiente de Efeso, judío errante, capitán de buque fantasma. . . Pero lo que no habrá de ser olvidado, cuando hayas de rendir cuentas donde no hay recurso de apelación ni de casación, es que, con tus armas que tenían treinta siglos de ventaja sobre las que pudieran oponésete, con tu regalo de enfermedades ignoradas donde arribaste, en tus buques llevaste la codicia y la lujuria, el hambre de riquezas, la espada y la tea, la cadena, el cepo, y la tralla que habría de restallar en la lóbrega noche de las minas, allí donde se te vio llegar como hombre venido del cielo —y así lo dijiste a los Reyes—, vestido de azur más que de gualda, portador acaso, de una venturosa misión. (pp. 183-184).

Porque, al fin y al cabo, lo que procura denunciar Carpentier, a través de la desmitificación del Descubridor, es ni más ni menos que la falsificación de la Historia americana impuesta por la conquista y la colonización. No en balde decía ya uno de los personajes de *Concierto barroco* que en América Latina todo era fábula.

### 3. LA DIALECTICA DE LA “VERDAD” Y DE LA “MENTIRA”

El proceso de beatificación, en presencia del fantasma de Colón invisible, da lugar, tras una lucha severa entre la “verdad” y la “mentira”, al rechazo de la beatificación de la que el Gran Almirante de la Mar Océana es el “protagonista

ausente/presente”. A imagen y semejanza de la autenticación de los huesos de Colón, que es nada menos que imposible, la de “la vida de santo de Colón o de los milagros que operó” descritos por el historiador Roselly de Lorgues y defendidos por León Bloy y el Postulador José Baldi, se verán contrarrestados por el juicio de la Historia que se expresa, en su largo desarrollo temporal, por boca de Víctor Hugo, Julio Verne, Bartolomé de las Casas y Alfonso Lamartine. La presencia de Colón, el invisible, sirve de hilo conductor para que el lector, que en última instancia es el juez supremo, pueda desentrañar lo “cierto” de lo “falso” a varios siglos de distancia. Al primer argumento en contra de Víctor Hugo, citado a la barra por el Abogado del Diablo: “Si Cristóbal Colón hubiese sido un buen cosmógrafo, jamás habría descubierto el Nuevo Mundo”, el Invisible contestará: “(—Pero tuve un olfato de marino que valía por todas las cosmografías posibles.)” (p. 206), reconociendo así implícitamente su incompetencia en ese campo. Pasa lo mismo con Julio Verne que reemplaza a Víctor Hugo y va desarmando poquito a poco todo el tinglado de las maravillas presentado por el Postulador, reprochándole a Colón el haber mentido a su tripulación con lo de las cuentas dobles<sup>7</sup> y sobre todo el haber instaurado un tráfico de esclavos: “Por este viaje, el viejo mundo asumía la responsabilidad de la educación moral y política del mundo nuevo. ¿Pero acaso estaba a la altura de esa tarea, con tantas ideas estrechas como acarrea, sus impulsos semi-bárbaros, sus odios religiosos. . . Por lo pronto, empezó Colón por apresar a varios indios, con el propósito de venderlos en España” (p. 207). La alusión al famoso personaje de Cervantes, el Licenciado Vidriera —quien, tras haber vivido en la locura, acaba recobrando la razón al final de su vida para verse inmediatamente abandonado por aquéllos mismos que antes tanto se preocupaban por el loco— para describir la reacción del Invisible en aquel instante: “(El invisible sintió enfriarse su invisible cuerpo, como debía sentir el suyo, en toda estación, el Licenciado Vidriera)” (p. 207), no deja de ser reveladora de la derrota del personaje, que se verá desenmascarado definitivamente al llegar a la barra el dominico Fray Bartolomé de Las Casas para repetir con más fuerza el tema de la esclavitud: “(—“Me jodí” —gime el Invisible: “Ahora sí que me jodí”)” (p. 208).

En su intervención Fray Bartolomé de Las Casas empieza defendiendo a los indios:

Para empezar, diré que los indios pertenecen a una raza superior, en belleza e inteligencia e ingenio. . . Cumplen satisfactoriamente con las seis

7. Carpentier repite ni más ni menos que los argumentos del propio Colón expuestos en la página 19 de *Los cuatro viajes*, con el fin de subrayar las debilidades de marinero de Colón mostrando que no estaba seguro de sus cálculos, mientras que si se hubiese adentrado un poco en la lectura del relato del Almirante hubiera visto que esto no tenía nada que ver con la seguridad de los cálculos de Colón, sino con el rasgo egotista de su carácter que lo impulsaba a conservar la exclusividad del descubrimiento y del camino para ir a las Indias: “Y diz que fingió haber andado más camino por desatinar a los pilotos y marineros que carteaban, por quedar él señor de aquella derrota de las Indias, como de hecho queda, porque ninguno de todos ellos traía su camino cierto, por lo cual ninguno puede estar seguro de su derrota para las Indias” (p. 144).

condiciones esenciales, exigidas por Aristóteles, para formar una república perfecta que se baste a sí misma. (p. 208).

Muestra luego que los casos de canibalismo, que, en parte sirvieron de pretexto al Almirante para apresar a los indios y considerar que eran seres inferiores, no son tan frecuentes como se pretende y que no son específicos de la raza india:

No en todas partes, aunque es cierto que en Méjico, sí se dan casos, pero es más por su religión que por otra causa. Por lo demás, Herodoto, Pomponio Mela y hasta San Jerónimo nos dicen que habían también antropófagos entre los escitas, masagetas y escotos. (p. 209).

Aporta, en fin, la prueba irrefutable, que le pide el Presidente, de que Colón “instituyó deliberadamente la esclavitud de indios americanos” citando a la propia Reina de España:

Bástame con decir que cuanto la Reina Isabel, de gloriosa memoria, supo que las gentes de Colón estaban vendiendo esclavos americanos en el mercado de Sevilla, montó en grande enojo y preguntó: *¿Qué poder tiene mío el Almirante para dar a nadie mis vasallos?* Y mandó luego a pregonar en Granada y en Sevilla, que todos los que hubiesen llevado indios a Castilla, que les hubiese dado el Almirante, los volvieresen luego al lugar de origen, so pena de muerte, en los primeros navíos en partanza. (pp. 209-210).

Además, la culpabilidad del Almirante en ese tráfico infame con el que “si no le fuera impedido con la gran adversidad que al cabo le vino, él hubiese acabado en muy poco tiempo de consumir a todos los pobladores de estas islas” viene probada por una carta escrita a su hermano en la que le recomendaba que “*sobre cargara sus naves de esclavos llevando justa cuenta de los beneficios habidos en la venta dellos*” (p. 212), y de la que el dominico afirma que estaba firmada de “su misma letra y mano”. Alfonso de Lamartine comparece, a su vez, para denunciar con la sensibilidad y la pureza del poeta las malas costumbres del Almirante y su concubinato con Beatriz en quien tuvo un hijo bastardo. En ese momento se le ocurre al Invisible todo el cariño y la nostalgia de su pasado amor por su querida confundiéndola con la Beatriz de Dante: “. . . el hielo que se había endurecido en torno a mi corazón se hizo suspiros y lágrimas, brotando de mis entrañas, apresurado, por la boca y por los ojos”. . .) (pp. 213-214).

Se observará que si bien las citas son históricas, Carpentier hace un verdadero número de prestidigitación con la Historia haciendo descansar los argumentos de la acusación en pruebas y testimonios concretos, mientras que los de la defensa no son más que consideraciones o interpretaciones subjetivas y de orden moral. A tal punto que León Bloy, citando al filósofo francés Saint Bonnet, intentará justificar el comportamiento esclavista de Colón en nombre de la misma religión cristiana y de la salvación de las almas:

La esclavitud fue una escuela de paciencia, de mansedumbre, de abnegación. Sólo el orgullo impide la Gracia a penetrar en el alma, y es la Humanidad quien, retirando ese obstáculo, le franquea el camino. Por ello,

en su sabiduría, el hombre antiguo hallaba en la esclavitud algo como una necesaria escuela de paciencia y de resignación, que lo acercaba al Renunciamiento, virtud del alma y fin moral del cristianismo. (p. 210).

Vale la pena apuntar también cómo el Conde Roselly de Lorgues venía justificando las relaciones de Colón con Beatriz fuera del matrimonio, en nombre de un amor puro que no debía estorbar su misión providencial. Por otra parte, las citas de Las Casas, aunque exactas, nos dan una idea falsa de la alta opinión que el dominico tenía del Descubridor del Nuevo Mundo a quien presenta a lo largo de toda su *Historia de las Indias*, a pesar de ciertos defectos, como un ser excepcional y providencial<sup>8</sup>.

De tal manera que las citas, sacadas de su contexto, no son para el escritor, más que un modo encubierto de presentarnos, so capa de la objetividad histórica, una visión del Gran Almirante de la Mar Océana tan subjetiva como la que pretende destruir, con el fin loable, esto es cierto, de restablecer la autenticidad de la Historia de la América precolombina falseada y mitificada por varios siglos de conquista y de colonización: “Como tú, he sido flechado. . . Pero las flechas que me transpararon me rieron disparadas, en fin de cuentas, por los arcos de los indios del Nuevo Mundo a quienes quise aherrojar y vender” (p. 218). Es obvio que para Carpentier no puede haber una fatalidad en el avasallamiento de América Latina. Por ello, la dialéctica de la “verdad” y de la “mentira” finaliza por la victoria de la primera sobre la segunda, y Colón acaba siendo un hombre como los demás, vencido por el peso de su propia vida y conducta.

#### 4. TIEMPO HISTORICO Y TIEMPO DEL RELATO

Empieza el relato en 1864, momento en que el papa Pío IX está por firmar la propuesta de beatificación de Colón, etapa previa a su canonización, y se termina a fines del siglo XIX, en el momento en que finaliza el proceso de beatificación. En este período real de menos de cuarenta años, se concentran, en realidad, unos cuatro siglos y medio de Historia que abarcan el nacimiento, la vida y la muerte del personaje principal, el descubrimiento del Nuevo Mundo, y todo el largo período de la Conquista, de la Colonización y de la Independencia política de América Latina. Como se puede ver, el relato da una importancia considerable a la relación indirecta de los acontecimientos, generalmente bajo la forma de *flash-back*. Este fenómeno nos introduce mucho más en una situación de juez frente a la Historia que de testigo o de observador, como ocurre en el largo monólogo de la segunda parte de la novela. El proceso, por su parte, nos da una impresión esperpéntica de irrealidad por la confusión de los tiempos que allí se da y, al mismo tiempo, nos introduce en el corazón mismo de la Historia latinoamericana haciendo que juzguemos la Conquista a la luz del devenir histórico pos-

8. Bartolomé de Las Casas: *Historia de las Indias*. B.A.E.T. 95-96. Véase en especial el libro I, C. 122 y 182.

terior. Así se explica, por ejemplo, que Colón se pueda expresar tanto parafraseando los famosos versos de *La casada infiel* de Federico García Lorca para hablar de su querida Beatriz: “. . . quien ahora dormía conmigo no estaba emparentada con Braganzas ni Medinacelis, habiendo de confesar, además, que, cuando yo me la llevé al río por primera vez, creyendo que era mozuela, fácil fue darme cuenta que, antes que yo había tenido marido. Lo cual no me impidió, por cierto, recorrer el mejor de los caminos, en potra de nácar, sin bridas y sin estribos” (p. 94)<sup>9</sup>, como a través de un vocabulario familiar actual o arcaizante, lleno de tacos y de improprios que provoca una suerte de reactualización de la Historia, gracias a “un ayer significado presente en un hoy significativo”<sup>10</sup>. Tenemos aquí un claro ejemplo de la utilización del anacronismo, tan frecuente a lo largo de toda la novela, como para subrayar el estancamiento al que ha conducido para América Latina la falsificación de su propia Historia, truncada ese famoso día 12 de octubre de 1492 en que las carabelas de Cristóbal Colón arribaron a Guanahani, o San Salvador, antes de descubrir Cuba y Haití. No es mera casualidad que el relato de Carpentier termine más o menos a fines del siglo XIX, es decir en el momento en que Cuba, la última colonia española de América Latina con Puerto Rico, se independiza de la tutela de la lejana España; el momento en que empieza para ella una nueva era que habrá de conducirla a la Revolución castrista del 59 que significa, para el escritor, la restauración de la verdadera Historia.

El fracaso del Invisible sanciona en cierta forma el éxito de la empresa libertadora emprendida por Simón Bolívar. Así se explica, por supuesto, la mueca de Colón el Invisible cuando Andrea Doria, el otro Invisible, le mienta al gran iniciador y artesano de la Independencia latinoamericana:

“¡Y también existió un Simón Bolívar!” El invisible semblante del Invisible Christophoros se crispó en su invisibilidad: “— ¡Prefiero que no menciones a Simón Bolívar!” —“Perdón” —dijo Doria: “Comprendo que su nombre te sea poco grato. El deshizo lo que tú hiciste”. “—Por eso: no mientes la soga en casa del ahorcado”. (p. 224).

## 5. DEL MITO A LA HISTORIA Y DE LA HISTORIA AL MITO

La empresa desmitificadora de Colón se termina con el encuentro final de los dos Invisibles, es decir de un “Almirante de combates” y de un “Almirante de paseos”, como los califica el escritor. “¿Dónde fueron tus guerras?”, pregunta Andrea Doria. “Allá”, contesta Colón, señalando hacia el Oeste. Sigue después una tremenda réplica en la que el Almirante de Francisco primero y de Carlos

9. He aquí los versos de Lorca: “Y que yo me la llevé al río/creyendo que era mozuela,/ pero tenía marido./ . . /Aquella noche corrí/ el mejor de los caminos,/ montado en potra de nácar/ sin bridas y sin estribos”.
10. Alejo Carpentier: “Problemática del tiempo y el idioma en la moderna novela latinoamericana”, en : Alejo Carpentier: *Razón de ser*. Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1980, p. 89.

quinto desenmascara la empresa de su compatriota que no fue más que un aventurero del mar: “Las más fueron aquí, en el Mediterráneo. Con la diferencia de que, mientras tú aterrorizabas con tus lombardas a unos pobres indios en cueros, sin más armas que azagayas que no hubiesen sido suficientes, siquiera, para azuzar una yunta boyera de las nuestras, yo fui, durante años, el azote mayor de los bajeles del Turco” (p. 225). Entonces Colón se ve obligado a reconocer que, en su deseo de elevarlo, sus amigos no han contribuido sino a rebajarlo a un ser común, es decir a sacarlo del mito para colocarlo sencillamente en la Historia: “Tú, Andrea, fuiste un Gran Almirante y sólo se quiso honrar tu memoria como la memoria de un Gran Almirante. . . Yo también fui un Gran Almirante pero, por el empeño de hacerme demasiado grande, rebajaron mi talla de Gran Almirante” (p. 225). A la réplica de Doria: “Consuélate pensando que muchas estatuas tuyas se erigirán en el mundo”, Colón añade este significativo comentario: “Y ninguna se parecerá a mí, porque salido del misterio volví al misterio sin dejar huella pintada o dibujada de mi humana figura” (pp. 225-226). Sale de la Historia para entrar otra vez en el mito. Esto parece subrayar, como señaló Georg Luckács, que si la novela se aparta del mito no es sino para recaer en él enseguida. Pues bien se ve que toda la tarea de desmitificación de Colón llevada a cabo por el novelista no hace más que desembocar en una nueva mitificación del héroe.

Con manos de prestigitador, Carpentier levanta ante los ojos del lector su propio Retablo de las Maravillas. El lector no verá de Colón sino lo que el novelista desea que vea, es decir una imagen al revés de la conocida, pero tan parcial como la que se pretende combatir. Y no podemos dejar de recordar aquí la reflexión que le inspiró a Lamartine *Cinq-Mars* de Alfred de Vigny: “La novela histórica es una mentira, la más peligrosa de todas ya que la Historia, aquí, no sirve más que de falso testigo a la invención”.

Si Colón es un embustero y un impostor como pretende el escritor, ¿quién puede afirmar que la confesión no ha sido un embuste más, una impostura más? Y esto tanto más cuanto que, en su deseo de destruir la imagen positiva que de él hubiéramos podido tener, Carpentier, sin darse cuenta de que esto podría ir en contra de su tesis, nos ha permitido tomar varias veces al Descubridor en flagrante delito de mentira en su propia confesión. Este es el caso, entre otros, como ya hemos visto, cuando recapitula el número de veces que aparecen en su diario las palabras *oro* y *Dios* y cuando alude a la primera isla descubierta. Si Colón es judío y si no tiene ninguna religiosidad, como dice Carpentier, ¿cómo explicar que espere al confesor igual que un buen cristiano? He aquí otra contradicción difícil de resolver a menos que se considere toda la novela como una gran mixtificación, pues si bien es verdad que se anuncia que el héroe está esperando al confesor, éste no aparece nunca en el relato. Por otra parte, la coquetería del novelista con respecto a su patria cuando le hace decir al Almirante que la única vez que fue sincero fue cuando escribió que la tierra de Cuba le pareció “la más hermosa que ojos humanos hubiesen visto” (p. 127) puede volverse una vez más en contra de su demostración. Porque, si Colón es tan mentiroso como sostiene Carpentier,

¿por qué deberíamos creerle cuando nos dice que fue sincero una vez? Y si aceptamos que fue efectivamente sincero una vez, ¿por qué no podríamos considerar que lo fue también en otros momentos? y, ¿por qué no, en todo lo que hizo y escribió?

\*\*\*

Es obvio que, en *El arpa y la sombra*, Carpentier se conduce más como *escritor-ideólogo*, quizá demasiado consciente del papel social que la literatura debe desempeñar en un continente todavía sometido a la dominación exterior, que como *escritor-historiador*. Así se explican, desde luego, las distorsiones que varias veces le hace sufrir a la Historia que no es sino el valedor de una actitud política frente a la realidad. El procedimiento no es nada nuevo en su narrativa, como lo prueba, por ejemplo, *La consagración de la primavera*, novela en la que, entre la multitud de sucesos relatados, pasa deliberadamente por alto todos aquellos que pudieran manchar el movimiento comunista internacional. En una abundancia barroca de personajes, de notaciones y de imágenes, la novela relata la historia de una pareja de exiliados, Vera y Enrique, desde la Guerra Civil Española hasta la victoria definitiva de la Revolución Cubana en 1961, con la batalla de *Playa Girón* (Bahía de Cochinos), que permitirá simbólicamente la creación de “La consagración de la primavera” de Stravinski:

Yo, burguesa y nieta de burgueses, había huido empeñosamente de todo lo que fuera una revolución. (Inútil me había sido infringir el precepto de Gogol: “No huyas del mundo donde te ha tocado vivir”. . . ) Enrique, burgués y nieto de burgueses, había huido de su mundo burgués, en busca de algo distinto que, a la postre, era la Revolución que volvía a unirnos ahora. Los dos girábamos ya en el ámbito de una Revolución, cuyas ideas fundamentales coincidían con las de la grande y única Revolución de la época. Ocurre hoy lo que nunca creí posible: que yo hallase mi propia *estabilidad* dentro de lo que se enunciaba en español, en francés, en inglés, con una palabra de diez letras –sinónimo para mí, durante tantos años, de caldero infernal. Tengo la impresión de que la hora presente se me ensancha, se me aclara, ofreciéndome un Tiempo nuevo en cuyo transcurso futuro llegaré acaso a ser – ¡por fin!– la que nunca fui<sup>11</sup>.

Tanto el simbolismo del final de *La consagración de la primavera* como el del desenlace de *El arpa y la sombra* enuncian para el continente latinoamericano sojuzgado y amordazado por varios siglos de colonización y de dependencia, la profunda necesidad de una urgente Revolución libertadora. No es de extrañar, pues, que para el novelista, como para buena parte de sus compatriotas, a pesar de las imperfecciones del sistema que habrá que adaptar sin duda a las realidades

11. Alejo Carpentier: *La consagración de la primavera*. Siglo XXI de España Editores, 1978, pp. 575-576.

nacionales, el porvenir del mundo y de la humanidad reside en el Socialismo. Si palabras como "violaciones de los derechos humanos" o "atentados contra las libertades individuales" en los denominados países del bloque socialista siguen sonando a hueco para Carpentier y la mayoría de los latinoamericanos, es que, en el continente en el que siguen imperando dictaduras fascistas a la Pinochet o a la Videla, hay cosas más urgentes que hacer. Pero nos podemos preguntar si, finalmente, en su deseo de desmitificar a Colón y de combatir la falsificación de la Historia colonial y post-colonial, el novelista no cae en la trampa de su propio maniqueísmo. Porque el retrato excesivamente negativo y poco convincente del Descubridor del Nuevo Mundo corre el riesgo de hacernos considerar a la novela únicamente como un maravilloso juego para el mayor deleite del lector mixtificado por una escritura atractiva, festiva y provocante, llena de humor y de ironía, ocultando así su valor puramente subversivo y revolucionario.

## TEXTO CRITICO

Revista del Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias  
de la Universidad Veracruzana

Director: Jorge Ruffinelli

No. 16-17 (enero-junio 1980)

N Fuentes: *Hemingway en su santuario cubano*; Rulfo: *Dos textos*; J.M. Golaviz: *De los murmullos a Pedro Páramo*; Ruffinelli: *Pedro Páramo y Derborence*; R. Dorra: *Espacio y memoria en un cuento de Rulfo*; H.P. Agosti: *La literatura ¿para qué sirve?*; J. Roy: *Colón periodista*; D. Navarro: *Novela policial y literatura artística*; H.M. Cavallari: *Adán Buenosayres*; J.L. Martínez: *Los cuentos de Horacio Quiroga*; L. Kerr: *The Buenos Aires affair*; V.F. Chase: *(De)mitificación en Los funerales de la mamá grande*; E. Ortiz: *La cándida Erendira: lectura mítica*. Reseñas.

Correspondencia: Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana. Apartado 369, Xalapa. Ver. México.